

TITULO:

“POR AQUÍ PASÓ MI PASO”

SEUDONIMO:

MARQUEZ

Así como casualmente nacen los grandes amores, también nacen las grandes amistades. A Cyril lo conocí en la banca de una plaza. Hola amigo, fueron las primeras palabras que le oí pronunciar. Negro como la noche, delgado, de estatura media y sonrisa fácil, Cyril había llegado hace unos meses desde Haití, movido por las mismas razones de sus compatriotas. Lo hizo en compañía de un amigo de infancia que al poco tiempo de estar en Chile se fue a México. Él en cambio, con la convicción de que esta era la "tierra prometida", aguantado la soledad de las frías noches de invierno y la soledad de las cálidas noches del verano, decidió quedarse.

Después de ese primer encuentro, trabamos una amistad. Lo invitaba a un helado, una bebida o a una vuelta en auto por la ciudad para que conociera algunos lugares necesarios: el cuartel de carabineros, el hospital, almacenes baratos, etc. O dónde la mejor carne, la mejor fruta o las mejores mujeres.

Más de alguna vez compartió mi mesa familiar, requisito para ello era el tener que cocinar platos de su país. Generalmente lo hacía cantando y bailando sus canciones favoritas. Para mi familia era toda una novedad y un motivo para reír, porque los pasos de baile que improvisaba al cocinar, no los lograría ni trabajando de comediante.

En compañía de mi hija un día visité la casa de Cyril. Era pequeña, con una cama, un comedor, cuatro sillas, y un par de cosas más. Solemne pobreza. A mi hija no le cabía en la cabeza que fuera profesor y viviera de esa manera. Pues sí, Cyril era profesor de profesión, pero nunca pudo ejercer en nuestro país. Humillado en ocasiones, abusado en otras, estaba obligado a trabajar en los más diversos oficios.

Un domingo bebíamos una cerveza en el bar de en frente a la plaza de armas de la ciudad cuando me lo dijo. Pensé que había oído mal, que en su hablar extraño no se había expresado bien, pero no, había oído bien. Cyril quería dedicarse a bailar. Resulta que ese era su sueño desde niño, incluso pensó en estudiar baile, pero su abuela, quien fue la que lo crio no se lo permitió:

Esas palabras, más la necesidad de una profesión que le asegurara un trabajo y un sueldo, además del amor por los niños y por enseñar lo llevaron a transformarse en un profesor de enseñanza básica. Pero como acá no podía enseñar, no quería seguir quebrándose la espalda en trabajos que no le gustaban, así que decidió ir tras su sueño. En un principio creí que se refería a bailar para ellas, lo que me parecía raro porque no tenía un físico ni un porte esperado para ello. Supongo que algo se traerá no precisamente entre manos para tener aceptación en el ambiente nocturno, pensé para mí. Pero yo estaba equivocado, no quería bailar en una tarima, ni escuchar los eh eh eh de mujeres potenciadas entre sí, ni sentir manos en su espalda mientras ejecutaba los pasos que tantas veces improvisó en la cocina de mi casa. Nada de eso. Quería bailar en las calles, animar las esquinas tristes de la ciudad y de paso ganar su dinero.

Valiéndome de unos ahorros compré un equipo portátil de música el que le obsequié para su cumpleaños. Al día siguiente ya estaba con él adosado al pecho, como cual vendedor ambulante de café. Desde mi auto estacionado pude ver su sonrisa enorme y constante que dejaba ver sus dientes blancos que hacían juego con su polera. Sus piernas delgadas se movían casi por sí solas al ritmo de la música reggae. Así estuvo por meses regalando alegría en las tristes esquinas de este lado del mundo.

Los testigos del atropello dicen que el chofer conducía borracho y que pese lo fuerte del impacto no hizo ni el amague de detener su marcha. Dicen además que no murió de manera instantánea. No puedo decir si en sus últimos suspiros pasó su vida frente a sus ojos. Si apoyó su cabeza en el regazo de su abuela o corrió descalzo con sus amigos del barrio o recordó los besos de su novia que esperaba le llegara el pasaje de avión para volar hasta él. Cuando llegué al lugar la gente estaba agolpada alrededor de su cuerpo tendido en el suelo. Alguien lo había cubierto con hojas de un diario de circulación nacional, el mismo diario que nunca aprendió a leer de corrido y del que seguro no será noticia.